

## El socialismo chileno y la recepción política del proceso revolucionario cubano, 1959 – 1962<sup>1</sup>

*Chilean socialism and the political reception of the Cuban revolutionary process, 1959-1962*

Claudio Pérez Silva<sup>2</sup>

Cristóbal Rojas Vargas<sup>3</sup>

Recibido: 20 de marzo de 2021 • Aceptado: 30 de abril de 2021

Received: march 20, 2021 • Approved: april 30, 2021

### Resumen

A través del análisis de las principales publicaciones partidarias y tomándonos de los aportes de la nueva historia política, el presente artículo, analiza el proceso de recepción desarrollado por el Partido Socialista de Chile respecto de la experiencia revolucionaria cubana, entre los años 1959 y 1962. Nuestro planteamiento, identifica una temprana y transversal recepción política por parte de dicho partido. Lo anterior, se tradujo en una resignificación de conceptos políticos fundantes en el imaginario socialista, como el latinoamericanismo y el antiimperialismo. Del mismo modo, verificamos una ampliación y reforzamiento del papel protagónico y revolucionario asignado al campesinado por esta colectividad, tanto para los escenarios de la lucha política programática a nivel nacional, como en el camino hacia el socialismo a nivel continental

**Palabras clave:** Socialismo, revolución cubana, recepción, latinoamericanismo, antiimperialismo, campesinado

### Abstract

Through the analysis of the main partisan publications, taking into account the contributions of the new politic history, this present article analyzes the reception process developed by the chilean socialist party regarding the cuban revolutionary experience between the years 1959 and 1962. Our proposition identifies an early political reception by the party. This translated into a resignification of the founding political concepts in the socialist imaginary, such as the latin-americanism and the anti-imperialism. In the same vein, we verify an expansion and reinforcement of the revolutionary leading role assigned to the peasantry by this organization, both for the programmatic political struggle at a national level, and for the road to socialism at the continental level.

**Keywords:** Socialism, cuban revolution, reception, latin-americanism, anti-imperialism, peasantry

---

1 Este artículo forma parte del proyecto de investigación FONDECYT N° 11161095: “La izquierda chilena al alero de los procesos políticos latinoamericanos. Recepción y reconfiguración programática, 1949-1970”.

2 Dr. en Estudios Americanos. Académico Departamento de Historia. Universidad de Santiago de Chile. Chile. correo electrónico: claudio.perez.s@usach.cl

3 Magíster Estudios Históricos en Cultura y Sociedad en Chile y América Latina de la Universidad de Valparaíso, correo electrónico: rojas.cristobal.v@gmail.com

## Introducción

El Partido Socialista de Chile, fue una de las organizaciones de la izquierda chilena que más referencias conceptuales, identitarias y políticas desarrolló en torno a un imaginario y una perspectiva latinoamericanista durante el siglo XX. Este aspecto, es posible rastrear en la diversa y cuantiosa documentación partidaria, en las memorias militantes de sus principales liderazgos y tendencias internas, así como en las numerosas resoluciones políticas emanadas de sus eventos partidarios (congresos y plenos). La característica anterior, no solo le permitió constituirse en torno a un propio eje de definiciones, sino, además, diferenciarse, de la otra gran expresión política de la izquierda chilena, el Partido Comunista (Arrate y Hidalgo, 1989, p. 17; Moraga, 2009, p.109- 156; Reveco, 2006, pp. 104). A pesar de lo anterior, la gran mayoría de las investigaciones que dan cuenta de la trayectoria del socialismo chileno son abordadas a escala nacional. De esta manera, los conflictos internos y los procesos políticos nacionales se convierten en los principales escenarios y dinámicas de configuración y tensionamiento partidario.

Tomando en consideración la problemática planteada, este artículo analiza la recepción política realizada por el Partido Socialista de Chile respecto de uno de los acontecimientos más significativos en la historia de América Latina durante el siglo XX: la revolución cubana (Hobsbawm, 2018). Para ello, nos concentraremos en un periodo histórico crucial, tanto en el desarrollo de las formulaciones programáticas y estratégicas del socialismo, como en las definiciones políticas, ideológicas y proyectuales del proceso revolucionario cubano, entre los años 1959 y 1962.

Nuestro estudio, se ubica metodológica y conceptualmente dentro de la Historia política y la Historia transnacional, lo cual nos permite repensar la política y lo político, los partidos, las trayectorias militantes, así como las estructuras y las hegemonías internas durante el proceso de formación de las estrategias partidarias (Moyano: 2010, p. 2). Del mismo modo, nos permiten repensar la construcción programática, estratégica e identitaria de la izquierda chilena a partir de las vinculaciones, contactos oficiales entre organizaciones, conexiones entre militantes, la circulación de ideas, personas y recursos, resaltando con ello, la conformación de procesos históricos mediante los movimientos permanentes que traspasan territorios, fronteras y regiones (Peryou y Martykánová, 2014, p. 19). Por tanto, apostamos por una escala de análisis mayor a lo exclusivamente nacional, relacionando las construcciones nacionales de la izquierda chilena con las principales dinámicas y experiencias políticas latinoamericanas (Pérez: 2019, p. 25).

En cuanto a la producción académica que aborda específicamente la trayectoria del socialismo chileno en relación al proceso revolucionario cubano, es posible identificar dos grandes grupos de trabajos. El primero, destaca el impacto de la revolución cubana en el socialismo chileno (Moulián, 1982, p. 32; Arrate, Hidalgo, 1989, p. 37; Arrate, Rojas, 2003, p. 183; Corvalán, 2018, p. 51; Walker, 1990, p. 138; Gómez, 1993, p. 13). Las marcas de dicho impacto, quedarían registradas en la ratificación y profundización de la línea de “Frente de Trabajadores” (Walker, 1990, p. 138), particularmente, en los aspectos relativos a la legitimidad de la vía armada en función de la conquista del poder, así como en el cuestionamiento hacia las posturas pacifistas o electorales postuladas por una parte de la izquierda chilena (Corvalán, 2018, p. 53).

Por su parte, el segundo grupo, cuestiona el papel determinante de la Revolución Cubana en el proceso de radicalización del Partido Socialista de Chile (Ortega, 2004; Ortega, 2008; Fernández, 2017). Aunque no ponen en duda el significado político de la revolución cubana para la izquierda chilena, señalan más bien, que dicha experiencia revolucionaria no fue la causa o factor único y preponderante en la radicalización del PS de Chile. Según Ortega, éste proceso, se inició “a través de sus propios análisis antes del triunfo del movimiento 26 de Julio” (Ortega, 2004, p. 1), específicamente, cuando el Partido Socialista Popular (PSP), se apartó de su tradicional estrategia socialista de alianzas amplias, siendo la base o el primer paso “que les llevaría a adoptar el camino insurreccional a mediados de la década de 1960” (Ortega, 2004, p. 2). Precisa, además, que las raíces más profundas de la radicalización socialista, se ubican en una crisis partidaria originada “en la segunda mitad de la década de 1940, producto de la participación en coaliciones de gobierno que tuvieron como eje el centro político, el Partido Radical” (Ortega, 2008, p. 153). En la misma línea, Joaquín Fernández señala que los sectores agrupados en torno al Partido Socialista Popular, experimentaron, entre los años 1948 y 1955 (Fernández, 2017, p. 27), un proceso inicial de radicalización política traducido en el establecimiento de una línea política de carácter “Nacional Revolucionaria” (Fernández, 2017, p.30).

Como vemos, existe consenso en cuanto a la existencia de un proceso de radicalización en el socialismo chileno durante la década de los cincuenta. No obstante, respecto al papel de la revolución cubana en ello, existen diferencias relacionadas al rol determinante o secundario jugado en dicho proceso, sin negar, por cierto, la importancia de ella en la trayectoria de dicha colectividad. De igual forma, esta gran problemática en torno al rol de Cuba en la radicalización socialista, termina asociando y reduciendo el impacto de la revolución cubana en este sector de la izquierda chilena, al debate respecto a las vías de la revolución o la mera adscripción o rechazo de la lucha armada como estrategia para la conquista del poder.

En función de lo planteado, nos interesa indagar en otros aspectos y temáticas, particularmente, en la recepción, apropiación o resignificación de concepciones políticas y definiciones programáticas. Lo anterior, a objeto de ampliar la mirada en torno a la relación del socialismo chileno con la revolución cubana, tomado con ello, elementos de orden político, programático y proyectual. Al respecto, creemos que este último punto es fundamental a la hora de estudiar un partido en donde conviven numerosas tendencias y liderazgos en su interior, lo cual dificulta, entre otras cosas, el establecimiento de una sola gran afirmación partidaria en cuanto a formas, sentido y profundidad de un proceso de recepción y apropiación, particularmente, respecto de una experiencia tan amplia y compleja como la revolución cubana.

Considerando lo anterior, planteamos las siguientes interrogantes: ¿Qué aspectos políticos, teóricos-conceptuales o programáticos fueron recepcionados y apropiados por el Partido Socialista respecto del proceso revolucionario cubano? ¿Qué cambios o continuidades son posibles de identificar en cuanto a definiciones políticas de carácter proyectual a partir de dicho proceso de recepción?

En términos generales, identificamos una temprana y diversa recepción del proceso revolucionario cubano por parte del socialismo chileno, la cual se explica, en parte, por las múltiples tendencias, liderazgos y tensionamientos existentes en la interna partidaria, las cuales

no pudieron ser opacadas o minimizadas por el proceso de unificación experimentado un par de años antes del triunfo de la revolución cubana. Por otro lado, e independiente de la dinámica partidaria anterior, creemos que se desarrolló una recepción y resignificación transversal entre la militancia socialista, la cual se graficó en términos políticos, mediante la reafirmación y profundización de concepciones políticas fundantes del socialismo chileno, como el latinoamericanismo y el antiimperialismo. Del mismo modo, se resignifican algunos aspectos de carácter programático, táctico y político-estratégico, como el rol del campesinado en el proceso revolucionario y la construcción del socialismo. Por último, cabe señalar, que, tanto la recepción y apropiación temprana, diversa y transversal señalada más arriba, como la recepción de la tesis en torno a la utilización de la lucha armada por parte de algunos liderazgos y sectores de la militancia, dinamizaron más aún las discusiones internas dentro del socialismo chileno, enriqueciendo y tensionando con ello, tanto la vida partidaria como la relación con los otros sectores de la izquierda chilena, en especial, con el Partido Comunista de Chile.

En cuanto a las fuentes utilizadas para este artículo, hemos privilegiado documentación partidaria contenida en folletos, prensa y revistas, así como intervenciones y entrevistas de sus principales dirigentes, parlamentarios e intelectuales. Lo anterior, a objeto de calibrar el proceso de recepción entre las distintas tendencias y liderazgos existentes en el socialismo chileno durante el periodo.

## I. Continuidades y reconfiguraciones en el socialismo chileno

Previo al triunfo revolucionario cubano, el socialismo chileno experimentó una embrionaria reunificación política-orgánica, superando así, largas disputas e importantes quiebres internos vividos durante la década anterior. Sin embargo, el proceso de unificación, no puso fin, ni menos disimuló los viejos y nuevos desencuentros políticos, tácticos, ideológicos y estratégicos existentes en la interna partidaria, los cuales obedecían, a la heterogénea composición del socialismo chileno desde su propia fundación, donde confluían distintas tendencias provenientes del marxismo y el nacionalismo (Fernández, 2017), sectores trotskistas y experiencias populistas (Drake, 1992), movimientos anarco-sindicalistas e incluso, anticomunistas (Casals, 2016).

Una de las crisis partidarias más importante se originó en 1948 bajo el gobierno de Gabriel González Videla, específicamente, en el marco del apoyo dado por un sector del socialismo a la ilegalidad del Partido Comunista de Chile<sup>4</sup>, lo que provocó la conformación de dos grandes expresiones partidarias. Por una parte, un grupo minoritario congregado en torno a la figura de Bernardo Ibáñez, denominado “colaboracionistas” – por favorecer la promulgación de la ley de

---

4 Marcelo Casals expone algunos de los más destacados socialistas anticomunistas que integraron el movimiento “Acción Chilena Anticomunista” (ACHA): “Óscar Schnake, Humberto Mendoza, Manuel Hidalgo, Juan Bautista Rosseti y Agustín Álvarez”, En: Casals, Marcelo, La Creación de la Amenaza Roja, Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la campaña <<del terror>> de 1964, LOM Ediciones, Santiago, 2016, p. 171. También debemos agregar al respecto las contribuciones de: Maldonado, Carlos, ACHA y la proscripción del Partido Comunista en Chile, 1946-1948, Santiago: Flasco, 60, marzo/1989, p. 1-85.

defensa permanente de la democracia -. De carácter reformista y anticomunista, conservaron, además, el nombre oficial del Partido Socialista de Chile. Por otra parte, el grupo mayoritario -facción divisionista-, agrupado bajo el liderazgo de Raúl Ampuero y dirigentes históricos del partido, quienes formaron el Partido Socialista Popular (PSP). Este sector, mantuvo aspectos centrales de las concepciones y la línea política de la etapa nacional-popular: el ideal latinoamericano, un apasionado antiimperialismo, la crítica a la Unión Soviética y el estalinismo, así como una significativa valoración de las experiencias populistas que se desarrollaban en América Latina (Moulián, 1983, p. 83; Jobet y Chelén, 1972; Drake, 1992; Casanueva y Fernández, 1973).

En el año 1952, este último conglomerado apoyó la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo (Fernández, 2017; Garrido, 2017 pp. 233- 259). Según estos, en América Latina las experiencias populistas gozaban de amplia legitimidad y la figura de Ibáñez representaba dicha posibilidad. Del mismo modo, consideraban que el liderazgo de este candidato tenía un importante potencial político ya que contaba con un significativo arrastre de masas populares (Moulián, 2006, p. 154). De esta manera, entendía este sector del socialismo, era posible terminar con el largo periodo de colaboración de clases junto al centro partidista. La vinculación con un movimiento popular movilizado bajo un líder carismático y sin el apoyo estructural de un partido político, permitiría, a juicio del PSP, la materialización de profundas reformas a la sociedad (Moulián, 1983, p. 87). En contraposición, la proclamación de Ibáñez como candidato presidencial del PSP, motivó la salida de un grupo de militantes liderados por Salvador Allende. Posteriormente, este nuevo agrupamiento socialista, reingresa al Partido Socialista de Chile, una vez que desalojados de esta colectividad los principales sectores anticomunistas (Casals, 2016, p. 22; Arrate y Rojas, 2003, p. 275). A partir de entonces, este partido, cambia su línea política formando una incipiente, pero trascendental alianza electoral con el Partido Comunista, materializada en la creación del Frente del Pueblo (1951) y la proclamación de Salvador Allende como candidato presidencial para las elecciones de 1952 (Moulián, 2006, p. 178; Casals, 2010, p. 23).

El ferviente apoyo dado a Ibáñez del Campo por parte del PSP, implicó la participación de éstos en su gobierno, donde asumieron importantes responsabilidades en ministerios y reparticiones públicas (Drake, 1992, p. 278). No obstante, la imposibilidad de materializar gran parte de sus apuestas políticas a través del gobierno, no solo mermó la relación con Ibáñez, sino también, implicó el fin de la participación socialista en el gobierno a través del retiro de sus ministros en 1953 (Moulián, 2006, p. 178).

Para algunos autores, las evaluaciones negativas de las dos experiencias de colaboracionismo interclasista de las cuales el socialismo había sido parte, tanto en el Frente Popular, como en el gobierno de Ibáñez, fueron la base de la reflexión y la justificación teórica política que dio paso, posteriormente, y en particular en sectores del PSP, al establecimiento de una línea política clasista e independiente, conocida como “Frente de Trabajadores” (Ortega, 2004-2008; Fernández, 2017; Garrido, 2017).

En este sentido, Paul Drake postula que el fin de la participación socialista en el gobierno de Ibáñez, fue uno de los desencadenantes de la radicalización programática del PS y en el ascenso de las posiciones marxistas dentro de la colectividad, en desmedro del populismo carac-

terístico de la etapa anterior, dando paso a lo que categóricamente denominó, “la tragedia del socialismo y del populismo” (Drake, 1992, p. 275- 311). Del mismo modo, Moulián sostiene que, a partir de 1958, se da inicio a la segunda etapa de las fases ideológicas del socialismo, caracterizada por el creciente proceso de “leninización” y por el abandono paulatino de la perspectiva “teórica original” de carácter nacional- popular (Moulián, 1983, p. 87).

En contraposición, Casanueva y Fernández (1973, pp. 137 -139), postulan que la radicalización del socialismo chileno personificada en la tesis del Frente de Trabajadores y en el desarrollo de una línea política exclusivamente intra-clasista, se remonta a los años '40, cuando un sector de la militancia, agrupados en torno a la facción “inconformista”, planteó la crítica a la colaboración socialista durante los gobiernos frentepopulistas. Se inicia así, a juicio de este autor, un proceso de disputas, debates y reflexiones en el campo ideológico y político, que cristalizan posteriormente en la adopción del Frente de Trabajadores.

En este sentido, los debates desencadenados en los años cuarenta, más que representar los antecedentes del “ocaso del socialismo”, serían la base, el escenario y la dinámica partidaria de florecimiento de ideas, lo cual permitió fundamentar su estrategia política en la década posterior (Garrido, 2017).

A juicio de Luis Corvalán M., las posiciones críticas al colaboracionismo de clases se impusieron, tanto en el desarrollo de la política de alianzas en torno a la creación del Frente de Acción Popular (FRAP) en 1956, como en el Congreso de Unificación Socialista de 1957, en que el PS y el PSP se refundieron en un solo partido. Del mismo modo, en el ámbito estratégico, estas concepciones se tradujeron en apuestas -al menos en lo retórico- que propugnaban la ruptura con la institucionalidad democrática burguesa a través de la destrucción del orden económico capitalista y la construcción de un Estado revolucionario garante de los intereses de la clase trabajadora (Corvalán, 2018, p. 50).

Como señalamos, la unificación del socialismo chileno en un solo partido, no amagó las diferencias entre los principales liderazgos, como el que simbolizaban Salvador Allende y Raúl Ampuero. El primero, cercano a las posiciones del PCCh y partidario de una política de alianza con sectores progresistas, como base previa para el tránsito al socialismo (Fernández, 2015, p. 159). El segundo, representaba las posiciones más críticas hacia la “institucionalidad burguesa” y apostaba por el desarrollo estricto de la política del Frente de Trabajadores (Gómez, 1993, p. 35). De esta manera, el proceso de unificación no logró resolver las diferencias existentes entre las diversas tendencias del socialismo, ni tampoco, pudo contener la emergencia de nuevas concepciones ni liderazgos, como el poder que paulatinamente iban adquiriendo los llamados “trotskistas” dentro de los debates partidarios, quienes tensionaban la política del Frente de Trabajadores en perspectivas de la construcción del socialismo y no descartaban la vía insurreccional (Valdés, 2018, p. 53-55).

A nuestro juicio, el periodo que va desde la unificación socialista y los primeros años de la revolución cubana, más que incubar importantes rupturas con las concepciones políticas de la etapa anterior (nacional-popular), da cuenta de un proceso de resignificación y revitalización, por tanto, de continuidad de algunas de sus definiciones políticas más importantes desde su for-

mación como partido, tales como la centralidad del Estado en el proceso de transformación, el latinoamericanismo y el antiimperialismo. La dinámica anterior, de profundización, radicalización, pero de continuidad en la definición de algunas concepciones transversales a la cultura política del socialismo, implicó en más de alguna coyuntura partidaria, importantes tensiones con las nuevas definiciones tácticas y estratégicas del socialismo respecto a la implementación y alcance de la línea del Frente de trabajadores, particularmente en torno al carácter de las alianzas políticas y el papel de la institucionalidad en el proceso de transformación revolucionaria de la sociedad.

En cuanto al papel de la revolución cubana en el proceso de radicalización del socialismo chileno, creemos que la recepción de dicha experiencia por parte de su militancia, se inserta justamente en un escenario de formulación y precisión de su línea estratégica, dinámica que permitió, en más de alguna coyuntura partidaria interna, profundizar, tanto los debates, como las tensiones y diferencias preexistentes y permanentes entre las distintas facciones y liderazgos constitutivos-hegemónicos del socialismo durante el periodo en estudio. En este marco, podemos inscribir las afirmaciones del ex Secretario General del PS, Carlos Altamirano, respecto al papel jugado por la revolución cubana en el proceso de radicalización del partido. Para este dirigente, dicho proceso contaba con importantes definiciones políticas preexistentes y se produce, además, antes del triunfo del Movimiento 26 Julio en Cuba. Según Altamirano, “el Partido Socialista mantuvo siempre, por un lado, su definición latinoamericanista, antiimperialista y prerrevolucionaria; y por el otro, su lucha por la modernización y la realización de cambios dentro del país a través de un frente de trabajadores que debía excluir a un centro político.” (Salazar, 2013, 186-187).

Como vemos, la existencia de un proceso de radicalización, nuevas fases ideológicas, periodo de formulación estratégica, leninización y ocaso del socialismo chileno, como lo definen algunos autores, se desarrolló previamente al triunfo revolucionario cubano. Del mismo modo, es posible sostener, que, durante este periodo, se mantuvieron, por una parte, las heterogeneidades constitutivas de la cultura política socialista y por otra, se presentaron importantes continuidades en cuanto concepciones o matrices políticas ideológicas propias de las décadas precedentes. Incluso, algunas de ellas, provenientes de movimientos populistas como el APRA, que aportaron con elementos políticos y simbólicos claves durante su fundación, como el nacionalismo, la democracia funcional, el estado industrializador, un ferviente antiimperialismo y una perspectiva latinoamericanista. (Moraga, 2009, 109- 156; Reveco, 2006, pp. 104- 111).

En este sentido, estimamos que, definiciones políticas ampliamente aceptadas o transversales en la militancia socialista, como el carácter antiimperialista y latinoamericanista del proceso emancipatorio, no solo se vieron reafirmadas, sino también, retroalimentadas y resignificadas al alero de las dinámicas y trayectorias del proceso revolucionario cubano.

### III. El Partido Socialista de Chile y la recepción del proceso revolucionario cubano

En función de indagar en la recepción de aspectos políticos y programáticos por parte del socialismo chileno respecto de la dinámica revolucionaria cubana, analizaremos dos elemen-

tos centrales y fundantes de la concepción política del PSCh, como el latinoamericanismo y el antiimperialismo. Del mismo modo, nos concentraremos en un actor central dentro del diseño programático y proyectual del socialismo, el campesinado.

En cuanto al antiimperialismo, creemos necesario tener en cuenta algunos elementos antes de iniciar el estudio del proceso de recepción de este aspecto. El primero, dice relación con las definiciones previas del socialismo, que como dijimos, son fundantes y aglutinadoras entre la militancia. Dicha concepción antiimperialista, es una categoría hegemónica y común dentro de la cultura política del socialismo chileno, atraviesa las distintas tendencias internas y logra sobrevivir y tener continuidad en el denominado proceso de radicalización política. El segundo elemento a considerar, es el carácter del propio proceso revolucionario cubano, el cual se define, desde sus inicios y junto a otros aspectos, como antiimperialista.

Estimamos fundamental situar la relación de estos dos elementos dentro del proceso de análisis de la recepción política. Lo anterior, nos permite entender no solo la simpatía inmediata hacia una experiencia concreta, como la cubana, sino también, la temprana y amplia recepción política realizada por una heterogénea militancia socialista respecto del proceso revolucionario cubano.

### *El carácter antiimperialista de la revolución cubana en la recepción y resignificación del socialismo chileno, 1959-1961*

En cuanto a las definiciones antiimperialistas del socialismo chileno, éstas fueron ratificadas junto a la política anti bloque de la línea internacional del partido, en el congreso de reunificación de julio de 1957. Según esta tesis política, “el panorama internacional de bloques impide la evolución hacia las formas superiores de la democracia Socialista de los países anticapitalistas” (Boletín CC del PS, N° 1, abril 1957, p. 2). En la misma línea, responsabiliza de la crisis mundial que se vivía por entonces, tanto al imperialismo liderado por el capitalismo norteamericano, como el conducido por la burocracia soviética (Jobet, 1965, p. 88).

A pesar de la existencia de mayores afinidades con la URSS, estas no se tradujeron en un acercamiento de posiciones en el ámbito internacional por parte del socialismo chileno. El carácter preferentemente militar con el cual definieron el conflicto global entre las superpotencias, imposibilitó una mayor cercanía hacia la URSS. Así lo hacían saber en el segundo pleno del Comité Central en 1958, cuando establecen que, independientemente de que las potencias enfrentadas definan “el conflicto en términos ideológicos – La lucha por la democracia, para uno; La lucha por el socialismo para el otro – este tiene para los movimientos realmente revolucionarios, cada vez, un carácter predominantemente militar” (Boletín CC del PS, N° 9, abril 1959, p. 9).

En el mismo evento partidario, ratifican la condena a la política de bloques y la “guerra como medio de solución de los conflictos internacionales”. Del mismo modo, establecen que “el socialismo combate consecuentemente por el derecho de autodeterminación de los pueblos y de elegir con independencia la ruta de su emancipación económica y política” (Boletín CC del

PS, N° 9, abril 1959, p. 9). Estos aspectos, son fundamentales en el apuntalamiento de su política en torno a los movimientos de liberación nacional en el mundo. Al respecto, señalan:

“Una característica fundamental de la situación política mundial, es el desarrollo de un vasto movimiento en los países coloniales y dependientes de Asia, África, América Latina, por superar su atraso económico, alcanzar y afianzar su independencia política y su integración nacional, y encauzar su esfuerzo productivo por la senda de la planificación económica socialista.

Bajo esas circunstancias históricas, establecen que, como socialistas, reafirman:

- a) Su voluntad de luchar por la paz mundial
- b) Su solidaridad activa con todos los pueblos, que trabajan por conseguir su liberación nacional, su desarrollo económico y su emancipación,
- c) Su decisión de contribuir a la unidad ideológica y orgánica del movimiento obrero en todo el mundo, sobre la base teórica del marxismo, al respeto a la democracia interna y el reconocimiento de la autonomía de los pueblos para escoger, de acuerdo a su propia realidad, el camino más adecuado hacia el socialismo” (Boletín CC del PS, N° 9, abril 1959, p. 9)

Estas posiciones, se encuentran estrechamente vinculadas a las tesis generales sostenidas hasta ese momento por el socialismo chileno respecto al imperialismo. Según señala el historiador Julio Cesar Jobet, en el marco del tercer comité consultivo de Partidos Socialistas de América Latina (1958), se definía al imperialismo como “toda tendencia movida por el intento de anexión o subordinación de una nación por otra”, lo cual implicaba un verdadero “atentado contra el derecho de autodeterminación de los pueblos” (Jobet, 1965, p. 97). La afirmación anterior, moldeó, en gran medida y con mucha fuerza, la tesis levantada por el PSCh en torno a las solidaridades o simpatías con luchas de liberación nacional y de carácter antiimperialistas, al menos, hasta el triunfo de la Revolución Cubana.

No obstante, las definiciones y apuestas políticas relativas al antiimperialismo, la autodeterminación de los pueblos y las luchas de liberación nacional, dejaban un espacio o vacío respecto a las formas o estrategias a desarrollar por parte de aquellos pueblos o países que rompían las cadenas de la dependencia y la dominación, principalmente, en relación a los mecanismos y formas de defensa de estos procesos de autodeterminación.

De esta manera, las experiencias exitosas de liberación nacional y la revolución cubana en particular, no solo obligaba a los actores protagónicos de dichos procesos a buscar nuevas políticas y estrategias de defensa frente a las reiteradas agresiones imperialistas, sino también, empujaban a todas las fuerzas que simpatizaban con aquellas luchas, como el socialismo chileno, a definir políticamente los contornos de la solidaridad a objeto de garantizar la sobrevivencia de ellos.

En este sentido, no será hasta el triunfo revolucionario en Cuba, y en especial, con la intensificación de las agresiones norteamericanas, donde se produce una modificación y am-

pliación en las posiciones socialistas respecto de los alcances y significados de la denominada paz mundial y del papel del bloque soviético en ella, particularmente, al matizar la tesis crítica sostenida hasta entonces, respecto al rol garante de la URSS en el desenvolvimiento y viabilidad de proyectos socialistas y de liberación nacional. Del mismo modo, es posible observar en las nuevas definiciones socialistas, que plantean la legítima e inevitable lucha de los pueblos de América Latina contra al imperialismo norteamericano, un desarrollo de contenidos en relación a las definiciones y apuestas levantadas hasta ese momento en torno a la tesis de la “autodeterminación de los pueblos”. Es justamente en el contexto del proceso revolucionario cubano, caracterizado por la intensidad y velocidad de las medidas adoptadas por ésta y por las recurrentes agresiones norteamericanas, donde la militancia socialista no solo solidariza con el pueblo cubano y sus nuevos dirigentes, sino también, donde comienza a plantear la necesidad y sus primeros argumentos en torno a la defensa de dicho proceso y sobre todo, fundamentar política y teóricamente la legitimidad de la defensa armada de la revolución frente a la agresión de Estados Unidos.

Como señalamos, la solidaridad del socialismo chileno con la revolución cubana fue inmediata, su inicial carácter nacional y antiimperialista atrajo la atención de la mayoría de los liderazgos y tendencias partidarias<sup>5</sup>. Lo anterior, se tradujo en la constante defensa de Cuba y la denuncia permanente de las maniobras que buscaban desestabilizar el proceso revolucionario<sup>6</sup>. Bajo este marco político, podemos inscribir, por ejemplo, una publicación de la prensa socialista, que, a propósito de una denuncia de República Dominicana respecto a supuestas invasiones a su territorio por parte de grupos guerrilleros entrenados y armados en Cuba, señala que, era “paradójico ver como se critica la supuesta violación de los derechos humanos en Cuba, cuando verdaderos dictadores descansan tranquilos, y son apoyados por el imperialismo norteamericano” (Noticias Última Hora, 6 de Julio 1959, p. 4).

---

5 Es el caso de Salvador Allende quien llegó a Cuba el 20 de enero de 1959. Después de participar del cambio presidencial en Venezuela donde asume Rómulo Betancourt, aplaza su regreso a Chile y desvía su rumbo a Cuba para presenciar in vivo la naciente experiencia revolucionaria. En su primera visita a la isla, observó y destacó el ferviente apoyo del pueblo cubano al proceso en curso, así como a sus principales líderes. También, logró reunirse con destacados dirigentes, como Ernesto Guevara y Carlos Rafael Rodríguez. Al respecto ver: Javiere Adones Soto y Claudio Pérez Silva: “La revolución cubana se ha hecho con sabor a ron y gusto a azúcar, la nuestra se hará con sabor a vino tinto y empanadas”. Salvador Allende y la Revolución Cubana, 1953- 1964”, en e-l@tina VOL. 20, NÚM. 79 (2022).

6 El seguimiento inicial y la solidaridad con el proceso revolucionario por parte del Partido Socialista de Chile puede rastrearse tempranamente en la prensa. Al respecto ver: Las Noticias de Última Hora: 1 enero de 1959. “Tropas de Fidel Castro marchan sobre la Habana”. El año nuevo de 1959 empezó con una noticia largamente esperada por los hombres libres y democráticos de América Latina: la caída de Fulgencio Batista, dictador de la hermana República de Cuba. Pág. 1; “Latinoamérica tiene la palabra: En momentos en que era mas cruda y difícil la lucha del patriota nicaragüense Augusto César Sandino, y por tanto mas necesaria la ayuda de los pueblos al sur del rio Bravo, la voz de la insigne poetisa Gabriela Mistral se dejó oír: “Ha llegado la hora de la solidaridad efectiva”. Los instantes que vive la patria de Martí y Echeverría están demandando esa solidaridad de que hablara la prestigiosa chilena”. P. 2; 2 de enero de 1959: Los revolucionarios cubanos tomaron control absoluto de Cuba”, p.2; 11 de enero de 1959: “Cuba en la encrucijada”, pp. 2 y 14; “Solidaridad con el pueblo cubano”, 24 de marzo, 1959, p. 2; “La voz de América Latina”, 4 de mayo, 1959, p. 2; “Candente Denuncia de Fidel Castro contra USA y la OEA”, 3 de julio, 1959, p. 1 y “Cuba no aceptará la intervención de ninguna organización en sus asuntos”, p.16; “Cuba ¿una nueva Guatemala? Por Clodomiro Almeyda”, 15 de julio, 1959, p. 2; “Defender a Cuba”, 16 de julio, 1959, p. 2.

Por su parte, para el dirigente juvenil socialista, Jaime Pacheco, la agresión norteamericana a Cuba no solo podía explicarse por las cercanías geográficas en la cual se desarrollaba el proceso revolucionario, ya que se desarrollaba en el “riñón mismo del imperialismo”, sino también, porque en dicha experiencia se llevaba adelante un verdadero proceso de independencia nacional. De ahí, que, a juicio del dirigente socialista, las iniciativas políticas por parte de Estados Unidos, se encaminen “a consumir –en el ámbito de la farsa panamericanista- un nuevo “guatelmalazo” (Periódico Izquierda, agosto 1959).

En la misma línea, ubicamos el planteamiento de Clodomiro Almeyda, por aquel entonces miembro del Comité Central del PSCh, quien, a propósito de la conferencia de Cancilleres realizada en Santiago de Chile en agosto de 1959, y en donde se trató, entre otros aspectos, el “intervencionismo” por parte de Estados Unidos en el Caribe, señala que, el desarrollo del conflicto entre la potencia del norte y las nuevas autoridades revolucionarias cubanas, dependía en la medida de que estos últimos, llevaran adelante una verdadera revolución de carácter antiimperialista y progresista, proceso que obligaba a enfrentar directamente el problema del intervencionismo norteamericano (Noticias Última Hora, 15 de Julio de 1959, p. 2). Por ello, los esfuerzos socialistas para dicho evento se dirigieron en un doble sentido, por un lado, en la denuncia de las prácticas intervencionistas sobre Cuba a través de la institucionalidad interamericana (Revista Arauco, octubre 1959, p. 6) y por otro, en destacar y patrocinar la defensa de la experiencia cubana y su ferviente antiimperialismo. Para la editorial de la Revista Arauco, era fundamental marcar “en el movimiento revolucionario cubano su intransigente definición y conducta antiimperialista”. Bajo este cuadro, resaltan,

“muchas veces por el camino de las concesiones y renunciadas a este respecto se cuela y se introduce el contrabando en las líneas del movimiento popular. En Cuba hemos escuchado, quizás por primera vez, una altiva posición frente a los Estados Unidos” (Revista Arauco, octubre 1959, p. 6).

En este escenario, fundamentan, la “conciencia popular y antiimperialista” desarrollada en el continente, permitía develar el verdadero carácter de la OEA, como una expresión o herramienta de la política exterior norteamericana, la cual buscaba “el doloso propósito de clavar un hipócrita puñal por la espalda a los valerosos combatientes de la Revolución cubana” (Revista Arauco, octubre 1959, p. 6).

Como vemos, la dinámica del proceso revolucionario cubano, el cual adquiriría un carácter popular y antiimperialista, así como la gesta protagonizada por sus principales dirigentes, se convirtieron, para una parte de la militancia socialista chilena, en uno de los principales pilares del antiimperialismo en la región y en el primer caso abierto y concreto de contraposición directa a la hegemonía estadounidense.

Así, en el contexto del XVII Congreso del Partido Socialista de Chile, volvían a reiterar su compromiso con el proceso cubano y los movimientos en lucha del continente. Para ello, declaran la más amplia solidaridad con aquellos pueblos que soportan “vejatorias tiranías oligárquico-militares sostenidas por el imperialismo”, así como con los “trabajadores que en los

distintos países del continente luchan por alcanzar mejores condiciones de vida, por defender la soberanía nacional y por liberarse definitivamente del imperialismo” (Revista Arauco, N° 2, noviembre de 1959, p. 3). Precisan al respecto, que las simpatías hacia estos procesos políticos, eran resultado de la estrecha vinculación existente, entre estas experiencias y la tradición nacional revolucionaria y antiimperialista de sus concepciones como partido, así como a las alentadoras proyecciones que asomaban para la década naciente producto del significado de la revolución cubana, la cual, a juicio del socialismo chileno, irrumpía “en la historia contemporánea, incorporándose al proceso liberador de los pueblos dependientes, en nuestra América Latina” (Revista Arauco, N° 5, marzo 1960, p. 5).

Según el Partido Socialista, la revolución cubana abría un proceso global en el continente desde la perspectiva de los pueblos oprimidos y dependientes, dando inicio a un nuevo ciclo histórico de luchas. Éste, se caracterizaba, por una solidaridad amplia con el proceso revolucionario cubano y por la conciencia del imperialismo norteamericano, respecto a que ya no podía “como antes impunemente someterla por la fuerza o por el halago” (Revista Arauco, N° 5, marzo 1960, p. 5). En definitiva, Cuba es libre, no está sola, es la expresión más genuina del antimperialismo y se convierte en el punto de arranque en la carrera por la liberación de los demás países del continente, sentencia el análisis socialista.

A partir de entonces, señala el historiador y militante socialista Julio Cesar Jobet, el antiimperialismo de los latinoamericanos se debía concentrar, por un lado, en “la recuperación social, económica y moral de Cuba”, por otro, en la defensa de ésta (Revista Arauco, N°6, abril 1960, p. 6). Según Jobet, de una cosa debían “estar seguro los enemigos de Cuba. Ella no está sola en América. Quien dispara contra Cuba, dispara contra todos los pueblos latinoamericanos” (Revista Arauco, N°6, abril 1960, p. 8).

En la misma línea de análisis, pero dando cuenta también del carácter nacional-patriótico de la revolución y de los aspectos programáticos y proyectuales del proceso cubano, así como de la vinculación política de éste con la historia de lucha en el Continente, podemos inscribir las recurrentes intervenciones de Salvador Allende en relación a Cuba. Así, en el marco del séptimo aniversario del asalto al cuartel Moncada, señalaba:

“Por eso, los hombres de nuestras naciones miran con profundo interés la Revolución cubana, pues es un símbolo antiimperialista y antifeudal”.

(...) “He tenido ocasión de estar en otros países y de asistir a actos políticos en los Estados Unidos. Lo he hecho, también, en diversos países de América Latina, como Uruguay, Perú, Argentina, Venezuela. Estuve en el estadio Dinamo de Moscú. Fui testigo presencial de la celebración del quinto aniversario de la revolución en la República Popular China, y allí vi desfilar a 700.000 personas. Pero nunca he visto, en proporción al número de habitantes, a un pueblo movilizadísimo como lo vi en La Habana, el 26 de julio del año pasado y como lo vi este año, el 1 de mayo. Ello sólo puede lograrse cuando un gobierno ha creado un sentido místico, cuando ha sido capaz de darle a los ciudadanos una gran tarea colectiva, al servicio de la patria.”

En cuanto a las agresiones norteamericanas sobre Cuba y tomado en consideración los procesos políticos latinoamericanos y particularmente la experiencia de Guatemala, establecía que:

“(…) La propaganda de ese entonces es la misma desatada hoy día, desde hace meses, en contra de Cuba. Ayer era Guatemala el polvorín comunista que ponía en peligro la hermandad americana. Hoy es Cuba. Ayer y hoy, el Departamento de Estado norteamericano defiende, impudicamente y por los peores métodos de presión económica y atropello, los intereses de sus connacionales, su influencia política. Ayer y hoy, muchos gobiernos de Latinoamérica aceptan dócil y servilmente la voz de orden del poderoso país del norte. Como siempre, la raída bandera del anticomunismo se esgrime para atender en contra de la soberanía de los pueblos: ayer, contra Guatemala; hoy, contra Cuba.” (Senado República de Chile, 27 de julio de 1960)

Como vemos, la principal actividad de solidaridad socialista con Cuba fue la denuncia de la sistemática política de agresión norteamericana sobre la isla. Prensa partidaria, revistas, intervenciones de diputados y senadores socialistas y diversas iniciativas de su militancia dan cuenta de esta tarea. Lo anterior, es posible corroborar a partir de la serie de artículos y columnas publicadas en la principal revista partidaria, en la cual se señala, por ejemplo, que el gobierno de Estados Unidos,

“imperialista, reaccionario, sigue atacando a Cuba, echando mano de todos los recursos imaginables: cerco económico, presión política, desafío armado, amenaza de invasión y abierta mistificación de los hechos históricos, junto al empleo de la más variada gama propagandística tendiente a comprarse la conciencia – bastante a mal traer ya- de la clase dirigente de la mayoría de los países latinoamericanos” (Revista Arauco, noviembre de 1960, p. 14).

A nuestro juicio, las referencias anteriores dan cuenta del acelerado y temprano proceso de recepción y resignificación realizado por el socialismo chileno respecto de ciertos aspectos del proceso revolucionario cubano, por ejemplo, del antiimperialismo. A partir de la experiencia cubana, se asocia directa y de manera recurrente, imperialismo con Estados Unidos o agresión con política exterior Norteamérica. Lo anterior, es posible graficar igualmente si tomamos en consideración las referencias realizadas por el socialismo chileno en relación a la URSS. Si bien, no elimina inmediatamente a dicho bloque dentro de sus definiciones antiimperialistas, a partir de la consolidación del proceso revolucionario cubano durante sus primeros años, la centralidad, ubicación y referencia del concepto en las diversas publicaciones partidarias, se asocia mayor y directamente a Estados Unidos. En este sentido, es la experiencia de la revolución cubana, así como su temprana recepción y resignificación por parte del socialismo chileno, lo que contribuye a precisar la concepción y el imaginario político del antiimperialismo. Por tanto, bajo esta resignificada adscripción, la opresión sobre los pueblos de América Latina es ejercida exclusivamente por la potencia del norte y las luchas de carácter antiimperialista en nuestro continente se desarrollan principalmente en contra de Estados Unidos. De esta manera, se ponía fin y de forma transversal en el socialismo chileno, a las concepciones y apuestas panamericanistas que predominaron en las décadas anteriores, las cuales comenzaron a perder fuerza a

partir de la candidatura presidencial de Salvador Allende en 1952 y el derrocamiento del Jacobo Árbenz en Guatemala en 1954 (Letelier y Pérez, 2019).

Por otro lado, las definiciones y posiciones políticas antiimperialistas sostenidas por la militancia socialista, a partir de las dinámicas del proceso revolucionario cubano, se vieron obligadas a una mayor precisión en cuanto significados e implicancias concretas desde el punto de vista político. La necesidad y urgencia por resolver algunas de estas problemáticas abiertas por el proceso cubano, trajeron consigo nuevas interrogantes ¿Cómo se enfrenta al imperialismo después de la experiencia cubana? ¿cómo se detiene la agresión de Estados Unidos a un país o un pueblo en proceso de liberación? ¿eran suficientes las denuncias en los organismos internacionales o las actividades de solidaridad con el pueblo cubano? Del mismo modo, las respuestas a esas preguntas debían traducirse no solo en una redefinición conceptual del antiimperialismo, sino también, en una táctica y estrategia para enfrentarlo. Se abría, en definitiva, la necesidad política de resolver el problema del antiimperialismo en el ámbito militar.

En este marco, es posible inscribir las intervenciones de los senadores socialistas, Salvador Allende, Alejandro Chelén, Aniceto Rodríguez y Rafael Tarud, en abril de 1961, a propósito de una sesión del congreso nacional en el cual se trató la defensa de Cuba producto de la invasión orquestada por Estados Unidos en Bahía de Cochinos. Según Salvador Allende, le embargaba

“una profunda alegría al ver la gran reacción nacida en vastos sectores con capacidad política y en otros movidos tan sólo por su propia intuición, para expresar su irrevocable decisión de estar junto al pueblo cubano en esta hora sangrienta de su historia, cuando lo más tenebroso de la reacción internacional del imperialismo norteamericano pretende sojuzgarlo por el tremendo delito de haber conquistado el derecho a llamarse territorio de América”.

“Y, señores Senadores, en 1961, Cuba es el símbolo de la lucha de nuestros pueblos a lo largo de toda nuestra historia; es reeditar nuestras viejas campañas para librarnos, del colonialismo en el siglo pasado: ahora, para romper las duras barreras de la opresión imperialista y feudal” (diario del Senado, 17 de abril 1961, p. 5).

El parlamentario socialista no escondía su alegría por el triunfo de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionaria cubanas) y el papel del pueblo cubano en el enfrentamiento contra la invasión imperialista. Para Allende, Cuba simbolizaba en tiempo real la lucha incesante de un pueblo en contra del colonialismo, así como el afán liberador del imperialismo y el feudalismo en América Latina. A juicio del dirigente socialista, Cuba expresa un lenguaje y una actitud distinta, que se debía en gran medida

“a la terca, a la dura, a la clara posición del pueblo cubano, al denunciar a los verdaderos responsables de nuestra situación; a los gobiernos, a las viejas oligarquías ya caducas y al gobierno norteamericano, con su política exterior defensora de sus intereses, en contra de nuestros propios intereses” (Allende. diario del Senado, 17 de abril 1961, p. 7).

A pesar de su irrestricto apego y ser uno de los principales forjadores del proyecto estratégico de la vía pacífica (chilena) al socialismo, desarrolló una férrea defensa del gobierno cubano naciente con la revolución. A juicio de Allende, era

“cierto que no hay allí gobernantes elegidos en las urnas; pero hay un gobierno que representa a la inmensa mayoría del pueblo cubano, que es la expresión de – una gesta heroica- quieran o no reconocerlo-, que rompió los viejos diques de convivencia de la democracia burguesa, para instaurar un gobierno popular revolucionario, con hondo contenido nacional, con una definición precisa antiimperialista y antifeudal” (Allende. diario del Senado, 17 de abril 1961, p. 9).

Tomando en consideración las distintas fuentes consultadas para el espacio temporal 1959-1962, podemos señalar que, a partir del proceso de recepción política de la revolución cubana, el socialismo chileno realiza una resignificación de su concepción antiimperialista. Como señalamos, las críticas por parte del socialismo chileno hacia el imperialismo estadounidense tomaron mayor fuerza a propósito de su accionar y protagonismo en el derrocamiento de Jacobo Árbenz en 1954 (Letelier y Pérez, 2019). No obstante, es después del triunfo del Movimiento 26 de Julio en Cuba, donde los socialistas chilenos comienzan a plantear de manera más sistemática y entre sus distintas tendencias internas, la inevitabilidad de la lucha contra Estados Unidos en el marco de las luchas de liberación y con perspectivas socialistas, independientemente de la forma en que se cumplan estos objetivos (pacífica o violenta). El escenario anterior, se relacionaba directamente con la necesidad de defender las conquistas sociales y políticas obtenidas en el proceso revolucionario desde el punto de vista programático, así como la de garantizar la política de autodeterminación de los pueblos desde lo estrictamente estratégico y proyectual.

### *Una revolución latinoamericanista.*

#### *La relevancia continental de la gesta cubana para el socialismo chileno*

En el aludido congreso de reunificación socialista del año 1957, se plantearon importantes conclusiones sobre la realidad económica, social y política de América Latina. A juicio del P.S, Latinoamérica vivía una profunda inestabilidad y una larga crisis política producto de la subordinación y complicidad de las oligarquías locales al imperialismo. Del mismo modo, señalan,

“la realidad latinoamericana es de un conjunto de pueblos en permanente resistencia contra la explotación imperialista y oligárquica, que no han logrado, sin embargo, hasta ahora, organizar un frente sólido capaz de arrebatar el poder a las clases reaccionarias e iniciar el camino hacia un sistema político y económico de tipo socialista” (Boletín CC del PS, N° 1, abril 1957, p. 2)

Según Jobet, en el marco del congreso regional de unidad de la provincia de Santiago (1957), se profundizó en torno a las causas de la crisis que vivía el continente, las cuales fueron resumidas en la

“incapacidad de la burguesía y el capitalismo para resolver las contradicciones propias del desarrollo relativo de las fuerzas productivas y de nuevas fuerzas sociales que han impreso cambios profundos y creado una nueva realidad, que no guarda relación con la estructura semifeudal y semicolonial de estos países.” (Jobet, 1965, p. 88).

En la misma línea, pero en el contexto de la tercera reunión del comité consultivo de Partidos Socialistas de América Latina, realizado en Chile en abril de 1958, en donde asistieron representantes de Argentina, Uruguay, Ecuador, Colombia y Panamá, se profundizó en la caracterización de las dinámicas políticas-económicas de Latinoamérica y en el estudio del fenómeno imperialista, principalmente en “sus diversas repercusiones en la sociedad criolla y sus nuevas fórmulas y rasgos deformantes de la estructura económica, política y social del continente” (Boletín PS, N° 6, abril 1958, p. 2). A objeto de enfrentar dichas problemáticas desde una perspectiva socialista, se propuso “la integración económica de América Latina y su entendimiento político tendiente a defender colectivamente su industrialización orgánica, su comercio exterior y el nivel de vida de sus pueblos.” (Boletín PS, N° 6, abril 1958, p. 2). Como vemos, hasta mediados de 1958 y un poco antes del triunfo revolucionario en Cuba, la solución a la crisis conjunta de América Latina, provocada entre otros aspectos por la dinámica de dominación imperialista, estaba en el desarrollo de una política económica autónoma y de integración por parte de las naciones latinoamericanas.

De igual manera, pero en el marco de la primera conferencia de expertos económicos socialistas de América Latina, en la cual participaron dos destacados dirigentes socialistas, Clodomiro Almeyda y Raúl Ampuero, se establecieron algunas orientaciones tendientes a resolver los grandes problemas de la región y, particularmente, las formas de enfrentar al imperialismo. Según señalan, se plantearon

“mecanismos de defensa económica de América Latina como elementos positivos de lucha contra toda forma de subordinación y dominio económico, tales como la integración económica latinoamericana, el mercado común, las federaciones regionales, etc., entendiendo esta integración en su aspecto constructivo y no como un acto de hostilidad contra ningún pueblo del mundo y menos contra ningún pueblo americano” (Boletín PS, N° 6, abril 1958, p. 4).

Como observamos, desde una concepción latinoamericanista, el socialismo chileno desarrolló diagnósticos y propuestas para enfrentar la crisis económica y la injerencia imperialista. En lo central, la salida a las grandes problemáticas pasaba por la realización de cambios en la estructura económica y en la integración latinoamericana. De esta manera, hasta la revolución cubana, la concepción latinoamericanista del Partido Socialista se configuró y operó en base a una perspectiva de reformas y planificación económica a objeto de apuntalar las transformaciones estructurales y la integración de todo el continente.

Nuestro planteamiento, sostiene que, a partir del triunfo y consolidación inicial del proceso revolucionario cubano, se produce, una modificación en el carácter latinoamericanista

del socialismo chileno (reformista e integrativo). De esta forma, la recepción de la experiencia cubana, opera en la resignificación de su concepción política, estableciendo ahora, no solo la necesaria integración económica, sino la inevitabilidad de la revolución latinoamericana a escala continental. Para el Partido Socialista de Chile, no era posible enfrentar y derrotar al imperialismo norteamericano, sin una revolución a escala continental. De igual modo, Cuba, era tipificada como la punta de lanza de dicho proceso, ya que significaba la amplificación de la lucha de liberación nacional al resto del continente.

La definición anterior, es fundamental en la resignificada concepción política latinoamericana del socialismo chileno, ya que establecía la obligación de solidarizar y defender el proceso revolucionario cubano, al encarnar éste, el espíritu y las luchas emancipadoras de los pueblos latinoamericanos a escala local y continental.

Como señalamos, la identificación y solidaridad del Partido Socialista con el proceso revolucionario cubano fue inmediata. La prensa partidaria, a pocos días del triunfo del movimiento 26 de Julio en Cuba, ya señalaba la posición de dicho partido respecto de la dinámica que adquiriría el proceso revolucionario en curso, así como las esperanzas que abría para el resto del continente. Según señala Jaime Pacheco, esperaba que “la Revolución Cubana continúe su curso normal, que no frustre, como en el caso argentino, una nueva y vigorosa alternativa del movimiento popular americano. Todo depende del empuje del pueblo cubano y de los hombres de la Revolución, sobre todo del líder de Sierra Maestra, Fidel Castro” (Izquierda, Tribuna del Pensamiento Popular, enero de 1959, p.2).

Un mes más tarde, la figura del “movimiento popular americano” será referenciada nuevamente en el periódico izquierda, esta vez publicando una declaración del gobierno de Cuba y Venezuela en la cual exigían la salida de los dictadores de la organización de Estados Americanos (OEA). Según la editorial del periódico socialista, las dictaduras de Santo Domingo, Nicaragua y Paraguay debían ser derogadas inmediatamente para acercarse a un futuro libre del yugo imperialista. En este marco, hacían “un llamado a las veinte Repúblicas para apoyar la acción de los gobiernos de Cuba y Venezuela, como el primer paso hacia la depuración de los organismos y sus relaciones internacionales”. (Izquierda, Tribuna del Pensamiento Popular, 20 de febrero de 1959, p.2).

En cuanto al papel de vanguardia que asigna el PS a Cuba en el proceso emancipatorio y de lucha antiimperialista, es durante la aludida Conferencia de Cancilleres en Santiago de Chile, donde queda de manifiesto, según la revista partidaria Arauco, el papel de Cuba en las proyecciones y viabilidad de una revolución latinoamericanista. Para la editorial de la revista, la “resonancia continental alcanzada por la Revolución Cubana y el apoyo resuelto de los pueblos latinoamericanos a su tarea liberadora, puede valorarse a la luz de las consecuencias de la Conferencia de Consulta de Cancilleres Americanos” (Editorial, Arauco, noviembre 1960, p. 14). A juicio del P.S., la importancia de dicho evento, estaba dada por la significativa solidaridad ejercida por algunos países ante los afanes intervencionistas de Estados Unidos, situación que resultó determinante en el fracaso de las agresiones en contra de Cuba.

A pesar de la desconfianza que tenían las nuevas autoridades cubanas a estos encuentros internacionales, asistieron igualmente en nombre del gobierno cubano, el Canciller Raúl Roa y el dirigente Raúl Castro. Pero no sólo los líderes del proceso revolucionario ponían en tela de juicio de esas instancias internacionales, el propio Allende expresa su preocupación respecto a la incapacidad de los pueblos de triunfar en espacios institucionales cooptados por el imperialismo. A juicio del dirigente socialista, en dichos espacios “la causa de los pueblos está siempre perdida de antemano” (Noticias de Última Hora, 17 de agosto, 1959)

Más allá de las limitaciones anteriores, Allende evaluaba positivamente la presencia de las autoridades revolucionarias cubanas, ya que permitía fijar una posición clara y autónoma por parte de aquellos pueblos que luchaban por la independencia total del imperialismo. En la misma línea de análisis, situando además el papel de Cuba como vanguardia del inevitable proceso revolucionario latinoamericano, encontramos una editorial del periódico Izquierda, titulada: “Embajada Yanqui: La “cocina” de Conferencia de Cancilleres”, donde resalta la claridad y el rol de la autoridad cubana en dicho encuentro. Según la prensa socialista: “La valiente, audaz y representativa palabra del Canciller cubano, Sr Roa, constituye el único signo que no todo está podrido en la OEA. En el fondo, se constituyó en la voz de las grandes mayorías oprimidas del continente al plantear sus puntos de vista en forma directa y franca.” (Izquierda, agosto de 1959, p. 3.). Como vemos, para el socialismo chileno, la voz del canciller cubano en dicho evento, representó el pensamiento, los anhelos y la actitud de los pueblos que luchaban por su independencia.

Lo fundamental para el socialismo chileno era la sobrevivencia y proyección del proceso revolucionario cubano en el continente. Sobrevivir a las agresiones del imperialismo era el objetivo inmediato y prioritario por parte de Cuba, solidarizar con ella, denunciar los ataques de Estados Unidos era la tarea del socialismo chileno, así como de los pueblos que luchaban por su independencia. Bajo esta óptica, la continuidad del proceso revolucionario cubano, como centro neurálgico, permitiría irradiar al resto del continente en su afán emancipador, de ahí la importancia de solidarizar y garantizar su existencia. En ese marco, inscribimos una editorial de la prensa socialista, donde señalan, por ejemplo, que “tras la Barba y el pelo largo hay hombres, y también mujeres, valerosos, dispuestos a entregar su vida en pos de una causa justa, como la de la liberación de los pueblos. Quizás en el futuro, estos “barbudos” podrán luchar por liberación del resto de los pueblos de América Latina” (Editorial, Noticias Última Hora, 1 de septiembre de 1959).

El énfasis respecto al carácter latinoamericanista de la revolución cubana, persistirá todo el año 1960. Por ejemplo, al destacar que la “revolución cubana ha tenido la virtud de poner en descubierto a los elementos que, en todos los países de nuestra América, mantienen una vergonzante simbiosis con el imperialismo del dólar, acostumbrado a manejar a su antojo los asuntos latinoamericanos (Las Noticias de última Hora, 1 de enero de 1960). Esta vez, resalta el papel esclarecedor del proceso cubano respecto a las dinámicas y contradicciones políticas en América Latina, así como el papel gendarme que cumple el imperialismo estadounidense en el continente. Bajo este escenario, señala la prensa socialista, la revolución cubana “debe seguir la formación de milicias populares, que tendrán el papel de vigías y fuerzas de choque de la Revolución”. Por eso, sentencian: “defender a Cuba es un deber de América” (Las Noticias de última Hora, 1 de enero de 1960).

En la misma dirección, el historiador militante Julio César Jobet, sostiene que a Latinoamérica “le interesa el destino de las masas trabajadoras de Cuba y no la suerte que hayan corrido o tendrán que correr algunos aventureros sin alma de la oligarquía y del imperialismo. Cuba para los cubanos y para la América Latina” (Revista Arauco, N°6, abril 1960, p. 8.). Por su parte, Salvador Allende plantea en relación a la experiencia cubana, que la revolución latinoamericana debía ser antiimperialista, antifeudal, y democrática. Por ello, afirma, “no puede extrañar a nadie que a lo largo y ancho de América del Sur exista un pensamiento solidario y de lealtad hacia Cuba” (Allende, sesiones del senado, 27 de julio de 1960).

Reforzando y articulando los elementos políticos mencionados más arriba, encontramos una editorial de la Revista Arauco de noviembre de 1960, donde señalan:

“Frente a esta campaña de odio, del odio del poderoso por el débil que ha tenido la audacia de conseguir su libertad, a sangre y fuego, se levanta la voz de todos los trabajadores de América latina para defender los postulados de la Revolución Cubana, porque su grito de libertad que cuajó en su verdadera independencia, es el mismo grito que lanzan los pueblos oprimidos por las oligarquías del continente, grito que también tendrá que llegar hasta la independencia económica, social y política de la clase trabajadora. La revolución cubana es la revolución de América Latina” (Editorial, Revista Arauco, N° 13, noviembre de 1960, p. 14).

Por su parte, la fallida invasión a Cuba orquestada por Estados Unidos en abril de 1961 y la resistencia y actitud del pueblo cubano en el enfrentamiento con las tropas invasoras (resaltadas ampliamente en la prensa socialista), terminaron por eclipsar al grueso del socialismo chileno, al menos de manera uniforme, respecto al ejemplo de Cuba en la lucha por su independencia, así como del papel de vanguardia del proceso revolucionario cubano en el continente. Así lo dejó ver Salvador Allende, en una intervención en el Senado chileno mientras se desarrollaban los combates en Cuba:

“Por eso, en 1961, Cuba es el símbolo de una actitud que tarde o temprano los pueblos de América Latina imitarán y escribirán con su propio lenguaje, con el contenido de su propia realidad. (...) Para nosotros Cuba es el símbolo de una justa rebeldía, y sin querer proyectar aquí, en nuestra realidad, tácticas, métodos y estrategias utilizadas en Cuba, somos solidarios con ella y compartimos su lucha, y creemos en la existencia de un denominador común para producir la revolución de América Latina, que vendrá pronto, y que será rotunda y claramente antiimperialista y antifeudal” (Allende, Sesiones del Senado, 18 de abril de 1961).

Como vemos, Allende dejaba en claro los aspectos centrales de su recepción del proceso revolucionario cubano y profundizaba en un importante debate con otros sectores, liderazgos y tendencias del socialismo chileno, al remarcar la necesidad de que cada pueblo debía considerar los aspectos concretos de su realidad a la hora de definir su proyecto histórico. De igual manera, tomaba distancia de aquellas apuestas que reproducían automática o mecánicamente estrate-

gias, tácticas y formas de lucha que resultaron victoriosas en otras latitudes y procesos históricos. A juicio de Allende, cada pueblo debía escribir con su propio lenguaje, de manera convergente y con objetivos comunes, el recorrido y el carácter del proceso revolucionario en el continente.

#### IV. El rol del campesinado en la revolución cubana y su recepción y re-significancia en el Partido Socialista

Desde sus orígenes, el Partido Socialista de Chile desarrolló una preocupación y vinculación con las reivindicaciones de obreros, campesinos, trabajadores manuales e intelectuales. Demandó mínimas condiciones de bienestar económico y social para la mayoría de la población y definió al Estado como el principal vehículo de articulación y fuerzas “para la satisfacción de estas legítimas aspiraciones” (Walker, 1999, p. 120). Debido al carácter antifeudal de su programa inicial, llevó adelante propuestas de reforma agraria que buscaban la creación de unidades productivas familiares y “colectivas, la modernización técnica y niveles de vida superiores para los campesinos” (Drake, 1992, p. 125). En las concepciones y apuestas políticas del socialismo chileno, el papel del campesino en el proceso de democratización y modernización de la sociedad chilena jugaba un papel fundamental, ya que simbolizaba y se vinculaba a una serie de problemáticas, que, como columna vertebral, recorrían de sur a norte todo el continente, como lo era el problema de la tierra para el campesinado, el latifundio y los resabios feudales que caracterizaban a una parte del continente.

En este contexto, durante el XVIII Congreso General Ordinario del Partido Socialista (8 de Julio de 1959), se desarrolla una importante discusión específica en donde se analiza “las características de la estructura agraria campesina” y se fijan los “objetivos en la organización del campesinado, formas de organización y penetración del campo” por parte de la militancia socialista. Del mismo modo, discuten en torno al “carácter de la reforma” agraria y la urgencia de la “educación política y capacitación ideológica de las masas campesinas” (XVIII Congreso General Ordinario del Partido Socialista, 8 de Julio de 1959, p. 7). Según Jobet, lo fundamental para el socialismo chileno en ese momento, era “llevar la discusión política al seno de los trabajadores y especialmente de los campesinos, hasta formar conciencia del papel revolucionario que debe jugar en la pugna social” (Jobet, 1965, p. 105). En coherencia con ese objetivo, el Congreso Nacional del Partido Socialista acordó “poner en el primer plano de la discusión pública su proyecto de Reforma Agraria presentado al Congreso Nacional”, el cual, a juicio de los socialistas, había sido burdamente obstaculizado por las fuerzas conservadoras. Del mismo modo, decidieron difundir el fundamento político de la reforma agraria elaborada por la militancia socialista, “especialmente ante el campesinado, para que lo tome como su bandera de lucha, de organización y de combate” (XVIII Congreso General Ordinario del Partido Socialista, 8 de Julio de 1959, p.8).

Como podemos observar, se producen importantes definiciones respecto al campesinado, particularmente, en cuanto a su rol como sujeto revolucionario, así como a la relevancia de sus luchas en perspectivas del socialismo. Lo anterior, no implicó un desplazamiento político del campesinado desde el punto de vista táctico (definido desde las primeras décadas de existencia del socialismo chileno), ni menos la desaparición de su protagonismo en el proceso

de democratización y modernización de la sociedad chilena, sino más bien, significó una ampliación y resignificación de su papel dentro del proceso revolucionario nacional y continental.

Bajo este marco de discusión interna, la dinámica y experiencia de la revolución cubana en relación a la reforma agraria adquiere un importante significado<sup>7</sup>. De esta manera, la triada Reforma Agraria – Campesinado- Revolución Cubana comienza a encender y enriquecer los debates y las propuestas respecto de esta problemática en el PS de Chile. Lo anterior, lo podemos identificar a través de la diversidad de artículos y columnas que aparecen publicadas en la Revista Arauco durante el periodo en estudio. En una de ellas, escrita por Julio Cesar Jobet, se señala, por ejemplo, que la “reforma agraria, ya feliz realidad en la hermosa patria de Martí, le quita el sueño a los hacendados y latifundistas latinoamericanos, a los olímpicos caballeros feudales de la gleba”, quienes vivían a “costa del sacrificio, miseria y la muerte de millones de campesinos”. Para este militante socialista, la revolución cubana, como experiencia histórica concreta, no solo sintonizaba y representaba las demandas más sentida del campesinado, sino también, abría importantes desafíos y proyecciones políticas al desafiar abiertamente las estructuras de dominación en la región. En este escenario, señala Jobet, “¡Caramba que sería peligroso que las masas del continente americano empezaran a imitar el ejemplo de Cuba ¡” (Revista Arauco, N°6, abril 1960, pp. 7- 8). Como podemos observar, nuevamente Cuba adquiriría el carácter de ejemplo y el papel de vanguardia para los pueblos de Latinoamérica, esta vez en términos más específicos, a propósito del papel del campesinado y la experiencia de reforma agraria cubana.

En cuanto al rol del campesinado en el proceso revolucionario, piedra angular en la experiencia cubana según la lectura del PSCh, el primer número de la Revista Arauco, destaca el rol menos decisivo que tuvo la clase obrera en el proceso revolucionario cubano, “siguiendo un poco más atrás la marcha de la empresa revolucionaria” (Editorial, Arauco, noviembre 1960, p. 5), y pone la atención sobre otros sectores sociales con revelador potencial revolucionario. Por ello, señala la editorial de la revista, creían necesario enfatizar y “reparar en la potencialidad revolucionaria que encierra el germen de la pequeña burguesía y el campesinado cuando las circunstancias los oponen y enfrentan al orden social imperante, emancipándoles de su subordinación ideológica al pensamiento oficial” (Editorial, Arauco, noviembre 1960, p. 5). Como vemos, no solo el campesinado estaba llamado a jugar un importante papel en el proceso revolucionario, también la pequeña burguesía. Estos aspectos no son novedosos en la formulación política y táctica del socialismo chileno si consideramos sus primeros planteamientos desde su fundación hasta el triunfo revolucionario en Cuba (partido de clase obrera, trabajadores manuales, intelectuales, profesionales y de clase media). Lo importante, es que había una experiencia exitosa donde la pequeña burguesía y el campesinado (más que la clase obrera), jugaban un papel determinante tanto en el triunfo,

---

7 Desde los primeros días de la revolución cubana, el socialismo chileno se preocupó de difundir a través de la prensa las dinámicas relacionadas con el carácter e implementación de la Reforma Agraria en Cuba. Al respecto ver: Las Noticias de Última Hora. “Rebeldes cubanos harán la Reforma Agraria. Castro irá a Venezuela a agradecer ayuda”, 7 de enero, 1959, p. 16; “Fidel Castro debe iniciar su programa de reforma agraria”, 3 de febrero, 1959, p. 16; “La reforma agraria señala el comienzo de la revolución”, 4 de febrero, 1959, p. 4; “La reforma agraria cubana”, 18 de mayo, 1959, p. 2; “Con calma y buena letra reforma agraria de Fidel”, 29 de mayo, 1959, p. 16; “Campesinos cubanos preparan la celebración de gran fecha”, 20 de julio, 1959, p. 16.

sobrevivencia, como en las proyecciones de la revolución cubana. La experiencia viva en Cuba, en la lectura socialista, ratificaba las apuestas y formulaciones partidarias en cuanto a actores o sujetos protagónicos de los procesos revolucionarios a seguir.

En otro sentido, el gran apoyo de campesinos al FRAP durante las elecciones de 1958 (Oscar Waiss, *Revista Arauco*, N° 13, noviembre de 1960, p. 8; Raúl Ampuero, *Revista Arauco*, N° 16, abril de 1961, p. 3), también ayudó a fortalecer y resignificar las definiciones socialistas respecto al papel del campesinado en el proceso revolucionario y en el camino al socialismo. Así lo local (nacional) y lo continental, relacionado con el protagonismo del guajiro en la revolución cubana y su ejemplo para los pueblos de América Latina, se articularon como un proceso de síntesis en torno a una nueva visión socialista respecto al papel y proyecciones del campesino. Por un lado, al articular las luchas reivindicativas y democratizadoras del campesinado con sus apuestas tácticas desde el punto de vista programático, por otro, al dotar al campesinado y sus demandas, de perspectivas estratégicas y proyectuales en torno al socialismo.

En este marco podemos inscribir algunas de las intervenciones o referencias que realiza uno de los principales dirigentes socialistas en el marco de la formulación del proyecto estratégico de la izquierda chilena (vía pacífica o institucional), Salvador Allende. Según este, a propósito de sus reiteradas visitas a Cuba, nunca había visto en su experiencia política un pueblo tan movilizado como en La Habana. Por ejemplo, señala que, en el contexto de la conmemoración del 1 de mayo durante el primer año de la revolución, al cual estaban “convocados los guajiros, o sea, los campesinos”, los había visto desfilar masivamente por las principales avenidas de La Habana, “con expresiones dignas, conscientes de lo que significaban ahora, en esta etapa de la historia de su patria” (Sesiones Senado República de Chile, 27 de julio de 1960). Por ello, sentencia, cuando “golpeaban los machetes – forma que tienen los campesinos de expresar su adhesión a las palabras de Fidel Castro-, yo sentía el anuncio de que esos sonidos sembraban en América: La Reforma Agraria” (Sesiones Senado República de Chile, 27 de julio de 1960).

En la misma línea, el senador Alejandro Chelén Rojas, refuerza la tesis del protagonismo campesino en el proceso revolucionario cubano, así como del importante papel jugado por sus principales dirigentes, como, Fidel Castro, quien, en palabras del dirigente socialista chileno, “despierta el interés y la confianza en los campesinos y estudiantes” (Chelén, 1960, p. 25). A objeto de reforzar el papel central del campesinado en los procesos revolucionarios, Chelén cita en su intervención algunas afirmaciones del propio Fidel Castro, quien a propósito de los sujetos que fueron parte de la “gesta heroica” cubana, señala:

“(…) Se ha querido hacer ver que la Revolución fue obra de todos los sectores sociales del país. Y yo digo aquí y tengo derecho a saberlo que la Revolución fue obra fundamentalmente de sectores humildes del país. (...) los primeros que se unieron a nosotros fueron guajiros, los primeros que nos dieron el pan, después de muchos días de hambre, fueron campesinos de aquella zona, los primeros que se sumaron a nosotros para engrosar nuestras filas fueron campesinos, nuestros prácticos eran campesinos, los primeros asesinados eran campesinos, los bohíos y las quemadas eran los bohíos de nuestros campesinos, las matanzas perpetradas eran matanzas

de campesinos y nosotros estuvimos allí, y los acusados que estuvieron allí saben que a adonde íbamos nosotros era a las casas de los campesinos, que los alimentos que recibíamos eran alimentos de estancias campesinas” (Chelén, 1960, pp. 31).

Bajo la misma modalidad de reproducir documentos o referenciar discursos de altos dirigentes del proceso revolucionario cubano, encontramos un artículo publicado en la Revista Arauco, titulado, “Fuentes, estructura y ritmo de la reforma agraria cubana” (Arauco N° 6, año 1960, pp. 15-27), cuya autoría pertenece a Oscar Pino Santos, jefe del departamento de producción y de comercio exterior del Instituto Nacional de la Reforma Agraria. En éste, se describe de forma detallada los fundamentos, avances y proyecciones de la Reforma Agraria en curso, así como del papel protagónico del campesinado en el desarrollo económico y social de Cuba a solo un año del triunfo revolucionario. Entre los aspectos que destaca el artículo, está la solución al problema de la tierra para el campesino, el carácter nacional liberador de la revolución y la rápida realización de la reforma. Del mismo modo, se resaltan criterios y medidas de la reforma, como las limitaciones a la propiedad de la tierra, el carácter de la propiedad, la creación del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), el gran apoyo popular a ésta y el fortalecimiento del nacionalismo a propósito de los conflictos abiertos por su aplicación, los cuales tenían como principales afectados y refractarios a oligarcas, terratenientes y extranjeros, principalmente, norteamericanos.

Como vemos, a objeto de fortalecer el papel central de los campesinos en la estrategia revolucionaria, el socialismo chileno destaca y referencia las intervenciones de los principales dirigentes cubanos en donde caracterizan el protagonismo y las proyecciones del campesinado en las distintas etapas del proceso revolucionario. En esta misma línea, pero acentuando y comparando el escenario político nacional y la situación de este sector en Chile, encontramos opiniones de destacados dirigentes socialistas, como Raúl Ampuero, quien, a propósito del apoyo electoral otorgado a Salvador Allende por parte del campesinado en la elección presidencial de 1958, establece que, justamente lo que “faltaba en esos combates” era “la presencia decisiva de los campesinos, esa patria sumergida que exige, como condición para realizarse históricamente, una sola reivindicación: tierra. (Revista Arauco, N° 16, abril de 1961, p. 4)”. De igual forma, señala Oscar Waiss, por fin el “campesino se asoma a la historia” y manifiesta con claridad su voluntad colectiva. Lo anterior, a juicio del dirigente socialista, demostraba que “el campesinado, clase tradicionalmente pasiva, especie de tribu perdida del frente de trabajadores, reclamaba un lugar en la barricada del pueblo” (Revista Arauco, N° 13, noviembre de 1960, p. 8).

A pesar de lectura favorable que hacían del nuevo escenario político, Waiss tomaba distancia y criticaba a su vez, la actitud tomada por los partidos de izquierda en relación al campesinado. A su juicio, una vez “finalizada la campaña electoral, debió darse preferencia a la organización campesina, a la educación de sus cuadros, al mantenimiento de los lazos de todo orden creados con los obreros de la ciudad”. Por ningún motivo, sentencia, “debió esperarse otra campaña electoral, porque eso hace creer a los campesinos – y con bastante razón- que sólo se les busca como carnada electoral” (Revista Arauco, N° 13, noviembre de 1960, p. 8). Para Waiss, la potencialidad del campesinado chileno estaba dada por su experiencia, capacidades e importancia numérica, sus niveles crecientes de maduración y conciencia política, pero fundamentalmente, por su tradición de lucha y organización.

En cuanto a la experiencia cubana y el papel de los guajiros en el proceso revolucionario, en comparación con Chile, señala que nuestro país “no ofrece condiciones geográficas para una guerra de guerrillas al estilo cubano”. No obstante, precisa, el campesinado chileno cuenta con una importante “tradición huelguística que abarca las grandes minas, las fábricas, las oficinas y aun el campo” (Revista Arauco, N° 13, noviembre de 1960, p. 10). En este sentido, el dirigente socialista estimaba ineludible aterrizar y acomodar las distintas formas de luchas al terreno concreto, del mismo modo, planteaba la necesidad de desplegar “cada lucha, transformándola de lucha parcial en lucha general, de lucha económica a lucha política”. Según éste, la participación y articulación de las luchas del campesinado con el resto de actores componentes del movimiento popular, podían enriquecer y “dinamizar la ofensiva de las masas”. De esta manera, sentencia, la “versión de la Sierra Maestra será una versión chilena, nacida de nuestra tradición y experiencia” (Revista Arauco, N° 13, noviembre de 1960, p. 10). Finalmente, y tomando en consideración la trayectoria del proceso cubano, señala que la estrategia revolucionaria chilena no solo debía considerar las experiencias de luchas, los escenarios nacionales y la tradición huelguística en Chile, sino también, debía incluir “un programa revolucionario y una voluntad revolucionaria” (Revista Arauco, N° 13, noviembre de 1960, p. 10).

Profundizando en los elementos políticos y en el papel estratégico del campesinado, la Revista Arauco, a través de uno de sus editores, Mario Garay, realiza un balance del Primer Congreso Nacional Campesino, realizado en mayo de 1961 y en donde salió electo primer secretario, el diputado socialista Fermín Fierro. Entre los aspectos resolutivos que destaca la publicación partidaria, se encuentra la promoción de una amplia y profunda reforma agraria sobre la base de la expropiación de latifundios, una nueva ley de sindicalización campesina en función de una real organización del campesinado y su eficaz “defensa de intereses de clase”. Según Garay, la experiencia de lucha y las proyecciones del campesinado, lo habían convertido “en una fuerza revolucionaria, pujante, vigorosa, alentada por un coraje impresionante”, en sujetos capaces de “cumplir tareas importantes, creadoras, revolucionarias” (Revista Arauco, N° 17, junio de 1961, p.1-2).

Meses más tarde, esta vez en relación a las enseñanzas que podían extraer los socialistas del mundo y en especial los de América Latina respecto de las experiencias de Yugoslavia y Cuba, así como de la perspectiva socialista de sus apuestas, destacaba, la “aplicación consecuente del principio de política internacional basado en la coexistencia pacífica activa, en el caso de los yugoslavos”, así como la “realización de la revolución agraria por los campesinos cubanos, son dos hechos impresionantes en el desarrollo del socialismo” (Revista Arauco, N° 21, octubre de 1961, p.1). Como vemos, la triada Revolución Cubana- Reforma Agraria- Campesino nuevamente se hace presente en la reflexión socialista, agregando en este caso, un elemento proyectual de importancia, como la perspectiva socialista de estos procesos en los cuales el campesinado es fundamental.

Finalmente, daremos cuenta de un aspecto central en el cual se grafica el proceso de recepción y resignificación realizado por el socialismo chileno respecto de la revolución cubana. En la edición 25 de la Revista Arauco, de febrero de 1962, abordan el significado que, para los pueblos de América Latina, tenía la Segunda Declaración de la Habana, proclamada por el “Primer Ministro de Cuba Socialista”, Fidel Castro, el 4 de febrero de 1961. Al respecto, señalan,

que, por lo abundante de la declaración, llevaron adelante una selección de párrafos en donde se establece “lo inevitable de la revolución latinoamericana y el papel fundamental que en la dirección política de este acontecimiento histórico debe jugar el pueblo trabajador, especialmente, el sufrido y heroico campesino americano.” (Revista Arauco, N° 25, febrero de 1962, p. 14). Acá, podemos destacar dos aspectos centrales en la formulación y resignificación socialista, por un lado, el reforzamiento del carácter latinoamericano de la revolución y por otro, el papel central del campesinado en ese proceso, convertido ahora en un sujeto histórico del continente: un “campesino americano”.

Otro aspecto que selecciona la revista de la declaración de Fidel Castro, es el papel del campesinado y su caracterización como “guerrillero invencible”. Acá, resaltan los argumentos del líder cubano en cuanto a que el campesinado es el sujeto mayoritario en los países del continente, lo que convierte en una “tremenda fuerza revolucionaria potencial”, sobre todo, en las posibilidades materiales que tiene la población campesina de triunfar, particularmente, en la lucha en contra de los “ejércitos estructurados y equipados para la guerra convencional, que son la fuerza en que se sustenta el poder de las clases explotadoras”. Lo anterior, precisa la revista, debido a que se desenvuelven cotidianamente en su escenario natural, haciéndolos invisibles e invencibles frente a cualquier “tácticas de academia y sus fanfarrias de guerra, de las que tanto alarde hacen para reprimir a los obreros y a los estudiantes, en las ciudades (Revista Arauco, N° 25, febrero de 1962, p. 15).

La revisión de la prensa socialista, las intervenciones de sus principales dirigentes y parlamentarios, así como de su principal revista teórica política, nos permite señalar que los resultados favorables obtenidos por la izquierda en las elecciones de 1958, y en mayor medida, la recepción realizada por el socialismo chileno respecto del proceso revolucionario cubano, permitieron repensar el papel del campesinado. La figura del campesino, que tradicionalmente fue caracterizado por el PS, como un sujeto relevante dentro del proceso de democratización y modernización de la sociedad chilena, bajo la óptica socialista, adquiriría nuevas facetas y significados tanto del punto de vista táctico, programático, estratégico y proyectual. De este modo, el socialismo chileno recibe y resignifica tempranamente un elemento fundante del proceso revolucionario cubano.

## Conclusiones generales

La recepción temprana de la Revolución Cubana por parte del socialismo chileno se caracterizó por la reafirmación, apropiación y resignificación de concepciones y definiciones políticas.

En cuanto la línea política del Frente de Trabajadores, es posible sostener que ésta no sufrió una ruptura o transformación importante a partir de la recepción de algunos elementos políticos centrales o característicos de la revolución cubana. A nuestro juicio, lo que se genera es una resignificación de algunas formulaciones y apuestas que desde los orígenes del socialismo chileno fueron enunciadas como fundantes y ordenadoras en su concepción y práctica política, como el latinoamericanismo y el antiimperialismo. Por tanto, lo que se produce en este caso, es un reforzamiento de estas concepciones y un mayor desarrollo y precisión de estos elemen-

tos en cuanto a alcances y significados. Por ejemplo, la necesidad de la revolución de carácter latinoamericanista y la inevitabilidad de la confrontación con el imperialismo norteamericano.

A pesar de la importante heterogeneidad política e ideológica dentro del socialismo chileno, la cual no desapareció con el proceso de unificación partidaria de 1957, es posible identificar algunas definiciones generales compartidas por la militancia, como el latinoamericanismo y el antiimperialismo. Del mismo modo, algunas apuestas de orden programático, como las demandas del campesinado y la reforma agraria, también gozaron de una transversal sintonía entre la militancia socialista. Son justamente estos aspectos compartidos ampliamente en el socialismo chileno, componentes fundamentales de sus concepciones y apuestas políticas, donde es posible identificar una mayor y temprana recepción política respecto del proceso revolucionario cubano.

La dinámica, trayectoria y experiencia concreta que iba adquiriendo el proceso revolucionario cubano a ojos del socialismo chileno, la convirtió en un importante foco con el cual podían observar la realidad chilena y repensar las apuestas socialistas en nuestro país a partir de estas nuevas miradas. Como vimos, la dinámica anterior, se tradujo en la profundización y precisión de algunas definiciones y apuestas políticas. Lo anterior, lo podemos graficar a partir de la invasión de Bahía de Cochinos en abril de 1961 y del análisis que realiza el Partido Socialista ante la respuesta y actitud tomada por la dirigencia y el pueblo cubano. En la lectura de dicho partido, el proceso anterior no hacía sino demostrar la inevitabilidad del enfrentamiento con las oligarquías locales y la necesidad de contar con fuerzas capaces de defender las conquistas obtenidas por los pueblos frente a la agresión imperialista en su lucha por la libertad y autodeterminación.

Del mismo modo, las interpretaciones y caracterizaciones que realizan los principales cuadros dirigentes del socialismo chileno, así como los propios dirigentes cubanos, respecto del papel del campesinado en la revolución cubana, otorgó un importante escenario para la resignificación de dicho rol por parte del socialismo chileno. Lo anterior, se articuló con los resultados favorables obtenidos por la izquierda chilena en la elección presidencial de 1958 en donde consiguió importantes apoyos por parte de la población campesina. Así, la figura campesina, tradicionalmente vista por el PS como un actor más dentro del proceso de democratización y modernización de Chile, es visto a partir de entonces como un sujeto revolucionario fundamental en la revolución chilena y continental. Un campesino organizado, revolucionario y combatiente en la defensa de sus intereses de clase.

Por último, el papel de vanguardia asignado a Cuba por parte del socialismo chileno, al establecer a Cuba como un punto de partida en el camino por la independencia completa de los pueblos a mano de la dominación imperialista, terminó por reforzar su perspectiva latinoamericanista y antiimperialista del proceso revolucionario. Emancipación y antiimperialismo son conceptos que encontramos recurrentemente en los discursos de sus principales dirigentes, intelectuales militantes y parlamentarios o en columnas de opinión y análisis publicados en diarios y revista partidarias en las cuales se hace alusión a Cuba y a las proyecciones del proceso revolucionario en el continente. De esta manera, se articula el ejemplo de Cuba y su papel de vanguardia en el proceso revolucionario continental con las nuevas necesidades del socialismo chileno, fortaleciendo así, tanto sus concepciones antimperialistas y latinoamericanistas, como sus apuestas

tácticas y programáticas en torno a la reforma agraria y el papel protagónico del campesino, tanto en el desarrollo del proceso revolucionario como en la construcción del socialismo.

## Bibliografía

- Arrate, J. e Hidalgo, P., *Pasión y razón del socialismo chileno*, Ed. Ornitorrinco, Santiago, 1989.
- Arrate, J., Rojas, E., *Memoria de la Izquierda Chilena*, Javier Vergara, Santiago de Chile, 2003.
- Bergel, M., *Nomadismo proselitista y revolución. Notas para una caracterización del primer exilio aprista (1923-1931)*, E.I.A.L., Vol. 20 – No 1 (2009).
- Casals Araya, Marcelo, “El alba de una revolución La Izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo” 1956 – 1970, Lom ediciones, Santiago 2010.
- Casals Araya, Marcelo, *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la << campaña del terror >> de 1964*, Lom, Santiago, 2016.
- Casanueva, Fernando y Fernández, Manuel, *El Partido Socialista y la Lucha de Clases en Chile*, Quimantú, Santiago, 1973.
- Chelén Rojas, Alejandro, *La Revolución Cubana y sus proyecciones en América Latina*, Ed. Prensa Latinoamericana, Santiago, s/a.
- Corvalán Márquez, Luis, *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile*, América en Movimiento, Valparaíso, 2018.
- Drake, Paul, *Socialismo y populismo. Chile 1933-1973*, Ediciones Universitaria de Valparaíso, Valparaíso, 1992.
- Fernández, Joaquín, *Allende, el allendismo y los partidos: El Frente de Acción Popular ante las elecciones presidenciales de 1958*, *Revista Izquierdas*, N° 23, abril 2015, ISSN 0718-5049, IDEA-USACH, pp. 157- 190.
- Fernández, Joaquín, *Nacionalismo y Marxismo en el Partido Socialista Popular (1948 – 1957)*, *Izquierdas*, 34, julio 2017, pp. 26-49.
- Garrido González, Luis., “Un Frente de Trabajadores comandado por la clase Obrera: El Partido Socialista popular y las definiciones iniciales en torno a la política del Frente de Trabajadores, 1946 – 1957”, *Izquierdas*, N° 35, septiembre 2017, pp. 233- 259.
- Gómez Leyton, Juan Carlos, *La Rebeldía Socialista. El Partido Socialista en la década de los sesenta. 1959 – 1970*, Flacso, Santiago, 1993.

- Hobsbawn, Eric, Sobre América Latina, ¡Viva la Revolución!, Crítica, Buenos Aires, 2018.
- Jobet, Julio C., Partido Socialista de Chile, Tomo I – II, Editorial Quimantú, Santiago, 1972
- Jobet, Julio César, El Socialismo a Través de Sus Congresos, Ed. Prensa Latinoamericana, Santiago, 1965 p. 102 XVIII Congreso General del Partido Socialista, p. 130. En: [https://www.bcn.cl/obtienearchivo?id=documentos/10221.1/14522/1/XVIII\\_congreso\\_general\\_ordinario\\_P](https://www.bcn.cl/obtienearchivo?id=documentos/10221.1/14522/1/XVIII_congreso_general_ordinario_P)
- Jobet, Julio C. y Chelén, Alejandro, Pensamiento Teórico y Político del Partido Socialista Chileno, Editorial Quimantú, Santiago, 1972.
- Letelier, Pablo y Pérez, Claudio. Revolución y contrarrevolución en Guatemala: recepción, resignificación y reconfiguración del socialismo chileno (1944-1959). *Izquierdas*, 49. junio 2020, pp. 3857-3886.
- Maldonado, Carlos, ACHA y la proscripción del Partido Comunista en Chile, 1946-1948, Santiago: Flacso, 60, marzo/1989.
- Moulián, Tomás, Democracia y Socialismo en Chile, Santiago de Chile: Flacso, 1983.
- Moulián, Tomás, Fracturas, De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende, LOM, Santiago 2006.
- Moraga, Fabio. ¿Un partido Indoamericanista en Chile? La Nueva Acción Pública y el Partido Aprista Peruano (1931 -1933), *Revista histórica*, XXXIII. 2, 2009, pp. 109-156.
- Moyano, Cristina (2010), Elementos teóricos y metodológicos para estudiar los partidos políticos y a la militancia, Valparaíso, Chile. Consultado el 17 de agosto 2018: <https://cristinamoyano.files.wordpress.com/2010/11/10-10-15iv-jornadas-de-historia-politica-conferencia-magistral.pdf>
- Moyano, Cristina, La historia Política en el Bicentenario: Entre la Historia del Presente y la Historia Conceptual. Reflexiones sobre la nueva historia política, *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, USACH, Vol. 15, N° 1, 2011, 227-245.
- Ortega Martínez, Luis, La radicalización de los socialistas de Chile en la década de 1960. *Revista UNIVERSUM*, N° 23, Vol. 2, 2008, Universidad de Talca.
- Ortega Martínez, Luis, Del Frente de Trabajadores al Congreso de Chillán. Los Socialistas de Chile entre 1956-1967, *Revista de Historia y Ciencias Sociales Palimpsesto* N°1, Vol. I, 2004.
- Pérez, Claudio, Hacía una historia de la izquierda chilena desde una perspectiva transnacional: La vía chilena al socialismo y los procesos políticos latinoamericanos, 1952-1970, *Izquierdas*, 48, noviembre 2019:22-43.

- Ponce, J. I., Pérez, A, La revitalización de la historiografía política chilena, Polis revista latinoamericana, V. 12, N° 36, 2013, p. 453-476.
- Ramírez Fuentes, Camila, El concepto de democracia en el Partido Socialista Chileno (1961 – 1967), Documento de Trabajo N° 4, Programa de Historia de las Ideas Políticas en Chile, Diciembre de 2013, UDP.
- Reveco, J. Influencia del APRA en el Partido Socialista de Chile. En: Vallenas, H., Pereda, R. Y Romero, R., Vida y Obra de Víctor Raúl Haya de la Torre, Instituto Víctor Raúl Haya de la Torre, Lima, 2006, p. 104 -111.
- Salazar, Gabriel, Conversaciones con Carlos Altamirano, Memorias Críticas, Ed. Debate, Santiago, 2013.
- Valdés Navarro, Pedro, El compromiso internacionalista, El ejército de liberación nacional. Los elenos chilenos, 1966- 1971. Formación e identidad, Lom, Santiago, 2018.
- Waiss, Oscar, Vía Pacífica o Revolución, Ni dogmatismo ni revisionismo: Leninismo, Santiago, Ed. Socialismo, 1961
- Walker, Ignacio, “Socialismo y democracia: Chile y Europa en perspectiva comparada”, CIEPLAN, Santiago, 1990, fundamentalmente el capítulo 4 “Democracia, Populismo y Leninismo: El Partido Socialista de Chile (1933 – 1973).

### *Fuentes primarias*

- Periódicos: Izquierda (1959 – 1961) y Noticias de Última Hora (1959 – 1961)
- Revista teórica Arauco (1959 – 1961)
- Diario de sesiones del senado en Chile: Cuatro discursos sobre Cuba. Chile y el socialismo con la Revolución. Salvador Allende, Rafael Tarud, Aniceto Rodríguez, Alejandro Chelén, Sesiones 37° y 38°, días 18 y 19 de abril de 1961.